



Conferencia Episcopal
de Colombia

Semana

de la

FAM

ILIA

2025

"Seamos *peregrinos*
de la esperanza,
en el *amor,*
con *total confianza*"



11
al
18
mayo

Celebremos en Familia el Jubileo de la Esperanza

Presentación

Muy queridas familias!

Estamos en el Jubileo de la Esperanza 2025, y esta palabra proviene de júbilo, alegría, fiesta. No quisiera que ninguna familia se quede por fuera de este año de Gracia que estamos viviendo en la Iglesia de todo el mundo.



“En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aunque se ignore lo que pasará mañana” (Dilexit nos 1), por eso un hombre y una mujer que tienen fe y se aman de verdad, se casan para ayudarse mutuamente a llegar al cielo, no se conforman con alegrías pasajeras, cada uno quiere el bien eterno de su ser amado y se esfuerza en ayudarlo a lograrlo, se convierte en el verdadero compañero de camino para su cónyuge y juntos reciben los hijos que Dios les quiera dar, no solo para aumentar con ellos el número de habitantes de la tierra, sino para completar el número de los elegidos del cielo. Todo nos habla de nuestra realidad de peregrinos.

“Si todos los miembros de una familia quieren viajar al mismo lugar, lo más lógico es que viajen juntos”, así se acompañarán, se protegerán, se darán ánimo cuando llegue el cansancio y juntos fortalecerán su esperanza de llegar al deseado destino. La familia es, por naturaleza, ese grupo de personas llamadas a ayudarse mutuamente para andar en la vida con esperanza, unidos por el poderoso vínculo del amor para llegar a la meta eterna y feliz prometida por Cristo.

No existe en la familia ningún otro interés que el genuino amor, o sea el verdadero deseo de cada miembro, por el bien y la felicidad de los otros. Y ese andar, movernos por la vida no es ir de un sitio para otro, como un eterno paseo, sin rumbo fijo, distrayéndonos tal vez y divirtiéndonos por momentos, con el riesgo de quedar a mitad de camino o peor aún, tomar rumbos equivocados. “En este mundo estamos de paso, no de paseo”. Nuestro caminar tiene un destino claro, seguro y atractivo, por eso los que tenemos fe, somos peregrinos, no turistas. Vamos hacia el cielo, ese es nuestro destino, para el que Dios nos creó. Siempre vamos andando.

“Si quieres andar rápido, viaja solo, si quieres llegar lejos, vete acompañado”, dice la sabiduría popular. Papá, mamá y hermanos, son los coequiperos que Dios nos da para andar seguros y llegar a la meta. Pero este caminar es arduo, requiere lucha, el esfuerzo de cada día. Al respecto el Papa Francisco nos recuerda que “el entretreído entre esperanza y paciencia nos muestra que la vida cristiana es un camino” (Dilexit nos 5). La paciencia es fundamental para no perder la esperanza y seguir por el buen camino. En primer lugar paciencia con nosotros mismos, no deprimirnos por nuestras limitaciones, temores y defectos, pero también paciencia con los demás, que aunque sean la propia familia, siempre tendrán formas distintas de ser, pensar y sentir.

La Esperanza es un regalo de Dios que se sostiene en una doble confianza: nos permite tener la total confianza en que las promesas de Dios son para mí, son reales y alcanzables, claro, con la ayuda de la gracia de Dios y mi buena voluntad al servicio de ese amor incondicional divino. Pero también la confianza en la familia: reconocernos unidos por el amor de Dios y llamados a la misma meta, descubriendo en los lazos de sangre un fundamento sobrenatural, podremos ser fieles compañeros de camino, capaces de vivir, agradecer y compartir la Esperanza que el Espíritu Santo nos ha dado.

Los invito, pues a vivir la alegría del Jubileo en familia. Que nuestras familias colombianas sean hogares luminosos y alegres que vivan y transmitan esperanza.

Con afecto,

Mons. Miguel Fernando González M.
Presidente de la Comisión Episcopal
de Matrimonio y Familia



La Familia, un ambiente privilegiado para vivir el Jubileo de la Esperanza



El Jubileo de la Esperanza es un tiempo de gracia para la familia, en el que los padres, los esposos, los hijos, los hermanos, los abuelos, los tíos, los primos y todos en el hogar pueden ayudarse mutuamente a vivir esta experiencia de fe como una oportunidad de renovación, de crecimiento humano y espiritual. En esta perspectiva, el jubileo de la Esperanza contribuye a que la familia viva una experiencia de:

a. Renovación espiritual. El Jubileo de la Esperanza ofrece una oportunidad para que las familias renueven su fe y profundicen en su relación con Dios. Las vivencias de las experiencias del jubileo mueven los corazones a la conversión y la reconciliación, permitiendo a las familias reflexionar sobre sus vidas y buscar la misericordia de Dios.

b. Fortalecimiento de la unión familiar. El Jubileo de la Esperanza ayuda a consolidar la unión y la comunión entre los miembros de la familia, ayudándoles a crecer en la fe y en el amor. Esto se expresa en el apoyo mutuo entre los miembros de la familia, ayudándoles a enfrentar los desafíos y dificultades de la vida.

c. Transmisión de la fe a los hijos. El Jubileo de la Esperanza es una oportunidad para que los padres transmitan la fe a sus hijos, enseñándoles sobre la importancia de la esperanza y la misericordia de Dios. Los padres pueden ser modelos de fe para sus hijos durante el Jubileo, mostrando la importancia de la oración, la reflexión y la búsqueda de la voluntad de Dios. La oración familiar es fundamental para vivir la experiencia de fe en la familia, ya que permite a los miembros de la familia unirse en la oración y buscar la guía y la protección de Dios.

d. Comunidad que crece en la vida de fe. La familia necesita de la Iglesia, pues en ella dónde experimenta la presencia y el amor de Dios, se alimenta con la Palabra de Dios, con los sacramentos y con el apostolado que les ayuda a vivir su vocación y misión participando activamente en la vida de la Iglesia y de la sociedad.

Por ello, el Departamento de Matrimonio y Familia de la Conferencia Episcopal de Colombia quiere ofrecer este material de apoyo a las jurisdicciones y las familias para que vivan la experiencia del Jubileo como un camino de renovación interior que les permitan alcanzar las gracias que esta celebración eclesial nos regala a todos los bautizados.

En este subsidio que ponemos a su disposición presentamos los pilares para vivir el Jubileo, orientados a que sean acciones que generen hábitos para alcanzar el bien al interior de la vida familiar y que se no queden reducidas a acciones exteriores para realizar individualmente. Cada una de estas prácticas del Jubileo para alcanzar la indulgencia plenaria, están identificadas con un verbo que indica cada hábito virtuoso para vivir en familia. Así se busca ayudar a las familias a alcanzar la finalidad de este año de gracia: la renovación interior de cada persona y alcanzar en su camino de conversión y adhesión a Cristo, nuestra esperanza.

Los temas para este camino de preparación a la experiencia jubilar con la familia son

1. **Esperar:** la esperanza, la fuerza que impulsa la vida familiar.
2. **Peregrinar:** La peregrinación, en familia, al encuentro con Dios.
3. **Orar:** La oración, en familia y con la Iglesia, nos ejercita en la esperanza.
4. **Amar:** La familia, ambiente privilegiado para vivir el amor y la misericordia.
5. **Perdonar:** La confesión, un regalo de la misericordia de Dios para la familia.
6. **Creer:** La oración del Credo, unión con Dios y con la familia.
7. **Comulgar:** La Eucaristía, en la vida familiar, fuente y culmen de la vida cristiana.
8. **Celebrar:** La alegría de celebrar el jubileo fortaleciendo la vida familiar.

Agradecemos a quienes han contribuido en la elaboración de este subsidio pastoral, especialmente a estas familias, quienes, con su oración, experiencia de fe y compromiso han elaborado cada una de las unidades que componen este camino de vivencia jubilar:

La familia Buitrago Quintero
La familia Ramírez Acosta
La familia Carreño Cruz
La familia Trujillo Parada
La familia Garzón Gómez
La familia Galindo Reales
La familia Cubillos Virviescas

A todas las familias y los animadores de pastoral familiar les deseamos que, durante este año, **seamos peregrinos de la esperanza, en el amor, con total confianza.**

Día 1: Esperar

La esperanza, la fuerza que impulsa la vida familiar

Esta virtud es transversal a todo el camino jubilar. La vida de cada persona y familia está marcada por las fragilidades, dolores y pecados que afrontan en la vida, pero sobre todo por los signos de esperanza y gozo que le permiten crecer en la vocación y misión familiar.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Lucas 1, 26-38

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al Ángel: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?». El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Y el Ángel se alejó».

2. Signo del día: el ancla

Desde los primeros años del cristianismo, el ancla es un símbolo que representa la esperanza y la salvación en medio de las dificultades y desafíos de la vida. Así como en las embarcaciones tiene la función de fijarlas en el fondo del mar para darle seguridad y firmeza, ésta es un símbolo de Cristo, quien es la esperanza y la salvación para todos los que creen en Él. La carta a los Hebreos describe la promesa de Dios como un ancla segura y firme para el alma (Heb 6, 18-19).



3. Nos enseña el papa Francisco:

“La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (Lc 2,34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como Stella maris, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando”. (Bula Spes non confundit, 9 de mayo de 2024, n. 24).

4. Meditación

En María vemos una mujer que le da un sí a la vida a pesar del contexto que rodeaba la anunciación del nacimiento de Jesús. La posibilidad de que fuera repudiada en público por José, su esposo, con consecuencias graves como el apedreamiento hasta la muerte, le presenta a María un futuro lleno incertidumbre, pero ella decide confiar. María no dudó en aceptar la voluntad de Dios, aunque ello significaba el cambio de los planes que ella tenía asegurados “estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José”. Su firme decisión reafirma en ella el llamado que nos hace Dios a tener esperanza del mañana. Es decir, a esperar confiadamente en su encuentro.

El don que nos ofrece el Espíritu Santo de poder esperar las promesas de Dios, manteniendo viva la llama de la esperanza, nos permite ser conscientes de que todo ocurre en el momento justo. El que espera mantiene el deseo de un bien futuro y, este deseo, le permite fortalecer su carácter para afrontar las dificultades propias de la vida, como María, quien renunció al miedo esperando recibir la gracia Dios.

Pensemos, cuántas veces el miedo nos ha impedido disfrutar del amor de Dios; cuántas madres han decidido renunciar al amor de sus hijos abrumadas por el mañana, cuántos hijos han decidió terminar con su propia vida por el desaliento o desconsuelo del mundo; cuántas personas han caído en las drogas buscando satisfacciones inmediatas sin encontrar la verdadera felicidad.

La cotidianidad de hoy, especialmente, en las grandes ciudades, nos lleva a pensar que todo debe darse rápidamente; no nos detenemos a pensar en lo que realmente es importante. Nos dejamos consumir por la prisa, el dinero, los lujos, el aparente bienestar del consumo y el ahora (el ya). No nos permitimos disfrutar la espera, la dulce espera del mañana con la certeza de que Dios es quien nos acompaña a esperar con constancia y consuelo.

Si los cristianos perdemos el don de esperar con confianza, perdemos el sentido de la vida presente que nos lleva a un futuro en gracia de Dios, pues, la vida cristiana se fundamenta en la fe de la vida eterna, ya que, para el cristiano la muerte no pone fin a la vida, sino que ésta es transformada gracias al encuentro con el Señor. Las dificultades, los problemas y conflictos no son otra cosa distinta a la preparación que necesitamos para llegar a ese encuentro, en el cual, Jesús es el camino, la verdad y la vida. Un camino que invita a vivir la vida con amor, a agradecer por los momentos que fortalecen nuestra relación con Dios, porque es en aquellos momentos más difíciles donde podemos encontrar la misericordia, piedad y compasión que nos llevan a la gracia y salvación.

María vivió, aceptó y agradeció la gracia que Dios “Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”. Pidamos a Dios para que nos ayude esperar con amor, confianza, serenidad, perseverancia, paciencia y gratitud, que la espera consiente oriente y direccione nuestras decisiones.

María, la Madre de Dios, es el testimonio más alto de la esperanza debido a su fe, confianza y aceptación de la voluntad de Dios en su vida, incluso en momentos de dificultad y adversidad. Su ejemplo es un modelo para nuestras familias que buscan cultivar la esperanza y la fe en su vida.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a. ¿Qué nos enseña María sobre la fe y la confianza en Dios?
- b. ¿Cómo María enfrentó los desafíos y dificultades en su vida, y qué podemos aprender de su ejemplo?
- c. ¿Qué papel juega la esperanza en nuestra vida familiar, especialmente en momentos de adversidad?
- d. ¿Cómo podemos apoyarnos mutuamente en la familia cuando enfrentamos desafíos y dificultades?
- e. ¿Cómo podemos cultivar la esperanza en nuestra vida familiar?

6. Videos de apoyo

a. Peregrinos de la esperanza



b. Espera en Dios



Día 2: Peregrinar

Peregrinar, en familia, al encuentro con Dios

La palabra «peregrinar» deriva del latín *per ager*, que significa “a través de los campos”, o «*per eger*», que significa “cruce de frontera”: ambas raíces señalan el aspecto distintivo de emprender un viaje. Para nosotros como cristianos peregrinar es hacer un camino exterior que expresa el camino interior que renueva la vida y la hace ser según el plan y el proyecto de Dios, es ir al encuentro con el Señor.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Lucas 2, 41-52

“Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándolos y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando." Él les dijo: "Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”.

2. Signo del día: Foto familiar

Imagen, estampa o dibujo de La familia de Nazareth, y una foto familiar.

Foto
Familiar



3. Nos enseña el papa Francisco:

La vida de la familia es un conjunto de pequeñas y grandes peregrinaciones.

la vida de la familia es un conjunto de pequeñas y grandes peregrinaciones. “En estos días, muchos se han puesto en camino para llegar a la Puerta Santa abierta en todas las catedrales del mundo y también en tantos santuarios. Pero lo más hermoso que hoy nos pone de relieve la Palabra de Dios (cf. Lucas 2, 41-52), es que la peregrinación la hace toda la familia. Papá, mamá y los hijos, van juntos a la casa del Señor para santificar la fiesta con la oración. Es una lección importante que se ofrece también a nuestras familias. Podemos decir incluso que la vida de la familia es un conjunto de pequeñas y grandes peregrinaciones.

Por ejemplo, cuánto bien nos hace pensar que María y José enseñaron a Jesús a decir sus oraciones. Y esto es una peregrinación, la peregrinación de educar en la oración. Y también nos hace bien saber que durante la jornada rezaban juntos; y que el sábado iban juntos a la sinagoga para escuchar las Escrituras de la Ley y los Profetas, y alabar al Señor con todo el pueblo. Y, durante la peregrinación a Jerusalén, ciertamente cantaban con las palabras del Salmo: «¡Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén» (122,1-2).

Qué importante es para nuestras familias el caminar juntos para alcanzar una misma meta. Sabemos que tenemos un itinerario común que recorrer; un camino donde nos encontramos con dificultades, pero también con momentos de alegría y de consuelo. En esta peregrinación de la vida compartimos también el tiempo de oración. ¿Qué puede ser más bello para un padre y una madre que bendecir a sus hijos al comienzo de la jornada y cuando concluye? Hacer en su frente la señal de la cruz como el día del Bautismo. ¿No es esta la oración más sencilla de los padres para con sus hijos? Bendecirlos, es decir, encomendarles al Señor, como hicieron Elcaná y Ana, José y María, para que sea él su protección y su apoyo en los distintos momentos del día. Qué importante es para la familia encontrarse también en un breve momento de oración antes de comer juntos, para dar las gracias al Señor por estos dones, y para aprender a compartir lo que hemos recibido con quien más lo necesita. Son pequeños gestos que, sin embargo, expresan el gran papel formativo que la familia desempeña en la peregrinación de cada día.

Al final de aquella peregrinación, Jesús volvió a Nazaret y vivía sujeto a sus padres (cf. Lc. 2,51). Esta imagen tiene también una buena enseñanza para nuestras familias. En efecto, la peregrinación no termina cuando se ha llegado a la meta del santuario, sino cuando se regresa a casa y se reanuda la vida de cada día, poniendo en práctica los frutos espirituales de la experiencia vivida. Sabemos lo que hizo Jesús aquella vez. En lugar de volver a casa con los suyos, se había quedado en el Templo de Jerusalén, causando una gran pena a María y José, que no lo encontraban. Por su «aventura», probablemente también Jesús tuvo que pedir disculpas a sus padres.

El Evangelio no lo dice, pero creo que lo podemos suponer. La pregunta de María, además, manifiesta un cierto reproche, mostrando claramente la preocupación y angustia, suya y de José. Al regresar a casa, Jesús se unió estrechamente a ellos, para demostrar todo su afecto y obediencia. Estos momentos, que con el Señor se transforman en oportunidad de crecimiento, en ocasión para pedir perdón y recibirlo y de demostrar amor y obediencia, también forman parte de la peregrinación de la familia [...]

Encomiendo a vosotras, queridas familias, esta cotidiana peregrinación doméstica, esta misión tan importante, de la que el mundo y la Iglesia tienen más necesidad que nunca". (Homilía en la Fiesta de la Sagrada Familia, 27 de diciembre de 2015).

4. Meditación

En la vida de fe se podrían plantear varias etapas que el peregrino recorre en su caminar espiritual:

- a. La partida pone de manifiesto su decisión de avanzar hacia la meta y alcanzar los objetivos espirituales de su vocación bautismal.
- b. Emprender el camino juntos como comunidad de fe, ayudándonos los unos a los otros.
- c. Próximos a llegar la meta, una pausa para la preparación necesaria para el encuentro con su Señor.
- d. La visita al santuario invita a la escucha de la Palabra de Dios y a la celebración sacramental, momento de encuentro con Dios vivo que nos habla.
- e. El retorno, con el corazón ardiendo a la manera de los discípulos de Emaús, sintiendo la necesidad de anunciar al mundo que Dios está vivo, misión de toda familia cristiana que se hace testigo de la salvación y constructora de la paz.

En la Biblia se encuentran ejemplo de diferentes peregrinaciones[1]:

- Peregrinación adámica: Desde el principio, según la enseñanza de la sagrada Escritura, y luego a lo largo de los milenios, se ha podido reconocer unas de sus etapas son la salida de las manos del Creador, el ingreso en el mundo creado y el errar sucesivo sin meta, lejos del jardín de Edén. La peregrinación de Adán -desde la llamada a caminar con Dios hasta la desobediencia y la esperanza de salvación- revela la plena libertad de la que le dotó el Creador. Al mismo tiempo, da a conocer el compromiso de Dios de caminar junto a él y velar sobre sus pasos.
- La peregrinación abrahámica. Abraham, dejando su tierra, su patria y la casa paterna, se pone en camino, con fe y esperanza, hacia el horizonte que el Señor le ha indicado, como nos recuerda la Carta a los hebreos.
- La peregrinación del éxodo, La salida, el camino en el desierto, la prueba, las tentaciones, el pecado o la entrada en la tierra prometida, se convierten en el modelo ejemplar de la misma historia de salvación ... El Señor mismo se hace peregrino con su pueblo: «El Señor, tu Dios, te ha atendido en el viaje por ese inmenso desierto; durante los últimos cuarenta años el Señor, tu Dios, ha estado contigo y no te ha faltado nada».
- El Pueblo de Israel. Con ocasión de tres grandes celebraciones: la Pascua, las semanas y las tiendas, el pueblo de Israel emprende su viaje a Sión, “en renovación de su compromiso de vivir en el temor de Dios”.

Como familia, encontramos en el Antiguo Testamento a Elcaná y Ana que hicieron peregrinación hacia el templo de Siló para consagrar a su hijo Samuel al Señor.



[1] La Peregrinación en el Gran Jubileo del Año 2000. Para ampliar la información visitar <https://goo.su/E8pIP>

En el Nuevo Testamento encontramos la visita de los Reyes Magos a Jesús en el día de su nacimiento, la cual se revela como una “peregrinación significativa, marcada por la entrega de regalos con profundos simbolismos y una búsqueda espiritual que trasciende las limitaciones del tiempo y el espacio”.

Aparece también José, María y Jesús, familia de Nazaret, quienes cada año emprenden su viaje a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, así, en el tejido de la historia, este relato atemporal continúa inspirando a aquellos que emprenden su propio camino de peregrinaje en busca de significado y conexión con lo divino.

Todos estos hechos bíblicos son lecciones de como la vida familiar y comunitaria, son un permanente peregrinar al encuentro con el Señor; como lo indica el Concilio Vaticano II en Lumen Gentium, 9: “La Iglesia es un Pueblo de Dios en camino, en busca de «la ciudad futura y perenne»”. Peregrinar en el Jubileo es un viaje espiritual que se realiza hacia un lugar sagrado en un año santo, con el fin de fortalecer la fe y compartirla con otros.

- Es un testimonio público de fe.
- Es un camino de encuentro con uno mismo y con Dios.
- Es dejar atrás lo cotidiano y abrir el corazón a una experiencia única.
- Es un viaje hacia el interior, un camino de reconciliación y gracia.
- Es un viaje lleno de fe.



5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a.** ¿Qué condiciones y/o circunstancias de nuestra vida familiar percibimos como obstáculos para peregrinar de manera decidida al Encuentro con el Señor en la oración, en el diálogo conyugal y familiar, en participación en la Eucaristía, en la vida de parroquia?
- b.** En familia, aceptando la invitación de SS Francisco a vivir el Jubileo de la Esperanza, planeen su peregrinación al Santuario o Templo Jubilar de su predilección, tomando conciencia de todas las etapas del camino para sacar el máximo provecho espiritual de ellas, yendo en contravía de la manera como vivimos nuestra vida diaria llena de carreras, afanes, preocupados por los resultados.
- c.** Como familia misionera, pensar en la manera de ayudar a otra (s) familia (s) haciéndola partícipe de nuestra peregrinación, compartiendo los frutos espirituales obtenidos en cada momento desde su preparación y salida hasta el regreso a casa.

Para concluir este momento, inviten a la Virgen María a caminar con ustedes, ella está en marcha para ayudarnos como a Isabel, nos acompaña en nuestras dificultades y dolores como a Jesús en el Calvario y en profunda oración nos lleva “por los caminos de la fe para llegar al final al cenáculo, donde junto a ella se recibirá de su Hijo el don del Espíritu Santo”.

Les proponemos que en familia:

- a.** Bendigan a sus hijos y los hijos a sus padres al iniciar y al terminar el día.
- b.** Tengan un momento de oración familiar, antes de comer juntos, para dar gracias al Señor.
- c.** Oren a la Virgen María para que la peregrinación al templo o santuario jubilar elegido sea un encuentro tan profundo con Jesús que sintamos el impulso incontenible de su Espíritu para salir y dar testimonio de que Jesús está vivo.

6. Video de apoyo



Día 3: Orar

La oración, en familia y con la Iglesia,
nos ejercita en la esperanza

La oración del cristiano, nos ha enseñado el papa Francisco, “nace, de una revelación: el “Tú” no ha permanecido envuelto en el misterio, sino que ha entrado en relación con nosotros”. Por tanto, siempre será útil para todos profundizar en la oración, para poder descubrir y redescubrir el rostro más tierno de Dios. Y desde la oración vivir el encuentro con Dios en nuestra familia.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Marcos 10, 46-52

“Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino.

Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!»

Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!»

Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.» Llaman al ciego, diciéndole: «¡Animo, levántate! Te llama.»

Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!»

Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado.» Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino”.

2. Signo del día: Un corazón

Un corazón para cada persona que participe. Allí donde los seres concretos tienen la fuente y la raíz de todas sus potencias, convicciones, pasiones, elecciones, de donde debe brotar la oración personal, para encontrarse con el corazón de Cristo. Como lo dijo el P. Francisco “yo soy mi corazón, porque es lo que me distingue, me configura en mi identidad espiritual y me pone en comunión con las demás personas”. (Dilexit Nos, 9).



3. Nos enseña el papa Francisco:

“La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer esta fe pascual. Se pueden encontrar unos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rogar por las necesidades familiares, orar por alguno que esté pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que proteja con su manto de madre. Con palabras sencillas, ese momento de oración puede hacer muchísimo bien a la familia. Las diversas expresiones de la piedad popular son un tesoro de espiritualidad para muchas familias. El camino comunitario de oración alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía, especialmente en medio del reposo dominical. Jesús llama a la puerta de la familia para compartir con ella la cena eucarística (cf. Ap. 3,20)”. (Exhortación Apostólica Amoris Laetitia n. 318)

“La oración es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada. Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios. Pensemos en la historia de Bartimeo, un personaje del Evangelio (cf. Mc 10,46-52 y par.) y, os lo confieso, para mí el más simpático de todos. Era ciego y se sentaba a mendigar al borde del camino en las afueras de su ciudad, Jericó. No es un personaje anónimo, tiene un rostro, un nombre: Bartimeo, es decir, “hijo de Timeo”. Un día oye que Jesús pasaría por allí. Efectivamente, Jericó era un cruce de caminos de personas, continuamente atravesada por peregrinos y mercaderes. Entonces Bartimeo se pone a la espera: hará todo lo posible para encontrar a Jesús. Mucha gente hacía lo mismo, recordemos a Zaqueo, que se subió a un árbol. Muchos querían ver a Jesús, él también.

Este hombre entra, pues, en los Evangelios como una voz que grita a pleno pulmón. No ve; no sabe si Jesús está cerca o lejos, pero lo siente, lo percibe por la multitud, que en un momento dado aumenta y se avecina... Pero está completamente solo, y a nadie le importa. ¿Y qué hace Bartimeo? Grita. Y sigue gritando. Utiliza la única arma que tiene: su voz. Empieza a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (v. 47). Y sigue así, gritando.

Sus gritos repetidos molestan, no resultan educados, y muchos le reprenden, le dicen que se calle. “Pero sé educado, ¡no hagas eso!”. Pero Bartimeo no se calla, al contrario, grita todavía más fuerte: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (v. 47). Esa testarudez tan hermosa de los que buscan una gracia y llaman, llaman a la puerta del corazón de Dios. Él grita, llama. Esa frase: “Hijo de David”, es muy importante, significa “el Mesías” —confiesa al Mesías—, es una profesión de fe que sale de la boca de ese hombre despreciado por todos.

Y Jesús escucha su grito. La plegaria de Bartimeo toca su corazón, el corazón de Dios, y las puertas de la salvación se abren para él. Jesús lo manda a llamar. Él se levanta de un brinco y los que antes le decían que se callara ahora lo conducen al Maestro. Jesús le habla, le pide que exprese su deseo —esto es importante— y entonces el grito se convierte en una petición: “¡Haz que recobre la vista!”. (cf. v. 51).

Jesús le dice: «Vete, tu fe te ha salvado» (v. 52). Le reconoce a ese hombre pobre, inerme y despreciado todo el poder de su fe, que atrae la misericordia y el poder de Dios. La fe es tener las dos manos levantadas, una voz que clama para implorar el don de la salvación. El Catecismo afirma que «la humildad es la base de la oración» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2559). La oración nace de la tierra, del humus —del que deriva “humilde”, “humildad”—; viene de nuestro estado de precariedad, de nuestra constante sed de Dios (cf. *ibid.*, 2560-2561).

La fe, como hemos visto en Bartimeo, es un grito; la no fe es sofocar ese grito. Esa actitud que tenía la gente para que se callara: no era gente de fe, en cambio, él sí. Sofocar ese grito es una especie de “ley del silencio”. La fe es una protesta contra una condición dolorosa de la cual no entendemos la razón; la no fe es limitarse a sufrir una situación a la cual nos hemos adaptado. La fe es la esperanza de ser salvado; la no fe es acostumbrarse al mal que nos oprime y seguir así.

[...] Bartimeo es un hombre perseverante. Alrededor de él había gente que explicaba que implorar era inútil, que era un vocear sin respuesta, que era ruido que molestaba y basta, que por favor dejase de gritar: pero él no se quedó callado. Y al final consiguió lo que quería.

Más fuerte que cualquier argumento en contra, en el corazón de un hombre hay una voz que invoca. Todos tenemos esta voz dentro. Una voz que brota espontáneamente, sin que nadie la mande, una voz que se interroga sobre el sentido de nuestro camino aquí abajo, especialmente cuando nos encontramos en la oscuridad: “¡Jesús, ten compasión de mí! ¡Jesús, ten compasión mí!”. Hermosa oración, ésta”” (Audiencia General, 6 de mayo de 2020).

4. Meditación

En el texto de Bartimeo, se nos presenta una hermosa oración de súplica: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!». Una forma dentro de muchas otras formas que tenemos para hacer oración.

Nos recuerda el Catecismo de la Iglesia católica en sus numerales 2623 al 2643: el Espíritu que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo (cf. Jn 14, 26), será también quien la instruya en la vida de oración.

A su vez, el Espíritu Santo, que recuerda así a Cristo ante su Iglesia orante, conduce a ésta también hacia la Verdad plena, y suscita nuevas formulaciones que expresarán el insondable Misterio de Cristo que actúa en la vida, los sacramentos y la misión de su Iglesia.

Esa oración que brota del corazón del ser humano, puede ser oración de bendición y de adoración, la oración de petición como súplica, la oración de petición de perdón, la petición de búsqueda del Reino, la oración de intercesión, la oración de acción de gracias, la oración de alabanza. Ciertamente, la Eucaristía, que contiene y expresa todas las formas de oración: es la “ofrenda pura” de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre (cf. Mt 1, 11); “el sacrificio de alabanza”.

Siempre será un momento propicio para la oración en familia. Pensar en que solo hay unos momentos para la oración en familia, puede limitar la forma de ver la oración, así que en este corto mensaje queremos compartir algunas ideas para que puedan en familia aumentar aún más la oración juntos y de esta forma invitar a la Trinidad y a la Santísima Virgen María a que haga parte de la cotidianidad de su familia.

Uno de los principales lugares de reunión familiar es seguramente al compartir al menos una comida al día. Este momento podría ser una pequeña pero significativa ocasión para orar juntos en la familia, también al levantarse y al acostarse, antes de salir de casa encomendando la jornada, cuando van de viaje, al acostarse, para tomar decisiones como Jesús lo hizo a lo largo de su vida terrena.

Otros momentos son aquellos a los que están llamados a propiciar cuando hay mayor tiempo juntos, como la lectura de un libro espiritual, el orar con la Palabra de Dios, conocer testimonios de otras familias cristianas a través de medios tecnológicos y/o en la comunidad parroquial, propiciar espacios dentro de la vida cotidiana para rezar el Rosario, vivir en comunidad momentos de oración y ciertamente acudir juntos a la Eucaristía.

En familia hay un llamado a orar por el Papa, que expresa nuestro vínculo profundo con la Iglesia, en la que hemos nacido a la fe, en la que crecemos y nos alimentamos y en la que estamos llamados a servir a la humanidad. Esta oración indica la comunión eclesial y el vínculo de unidad con la Iglesia universal.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a. ¿Qué queda en tu corazón luego de lo escuchado hoy?
- b. ¿Cómo puedes promover la oración cotidiana en tu familia?
- c. ¿Consideras que vivir más tiempos de oración en familia puede traer mayor bien?

6. Video de apoyo

- a. P. Ángel Espinosa de los Monteros, “La necesidad de la oración”:



Día 4: Amar

La familia, ambiente privilegiado para vivir el amor y la misericordia

La familia es el primer espacio donde se aprende a amar como Cristo nos enseñó: con paciencia, ternura y perdón. Allí se vive la misericordia en lo cotidiano, cuando elegimos servir, comprender y acompañar al otro, incluso en medio de las debilidades. Es el lugar donde el amor se hace concreto y verdadero.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Primera Carta de San Juan 4, 7-11

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.

En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros”.

2. Signo del día: Amor de Dios

Este símbolo expresa una verdad hermosa: Dios no está lejos ni es indiferente, sino que es un Padre que abraza con amor a cada familia, tal como es, con sus luchas, alegrías y heridas. Su abrazo representa protección, consuelo, perdón y fidelidad. Así como un padre amoroso no suelta a sus hijos, Dios tampoco se aparta de nuestras historias familiares. Él camina con nosotros, sostiene nuestros pasos y nos anima a vivir el amor y la misericordia como Jesús lo enseñó. En este símbolo, recordamos que la familia está siempre en el corazón de Dios.



3. Nos enseña el papa Francisco:

“Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (cf. Mt 22,39; Jn 13,34), y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Fruto del amor son también la misericordia y el perdón. En esta línea, es muy emblemática la escena que muestra a una adúltera en la explanada del templo de Jerusalén, rodeada de sus acusadores, y luego sola con Jesús que no la condena y la invita a una vida más digna (cf. Jn 8,1-11).

En el horizonte del amor, central en la experiencia cristiana del matrimonio y de la familia, se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la ternura. Acudamos al dulce e intenso Salmo 131. Como se advierte también en otros textos (cf. Ex 4,22; Is 49,15; Sal 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado. Se trata —como lo expresa la palabra hebrea gamul— de un niño ya destetado, que se aferra conscientemente a la madre que lo lleva en su pecho. Es entonces una intimidad consciente y no meramente biológica. Por eso el salmista canta: «Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre» (Sal 131,2). De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: «Cuando Israel era joven, lo amé [...] Yo enseñé a andar a Efraín, lo alzaba en brazos [...] Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer» (11,1.3-4).

Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu.

Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. Mt 2,11).

Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios". (Exhortación Amoris Laetitia, nn. 27-30).

4. Meditación

El amor de Dios es tan grande que no solo nos creó, sino que nos mostró el camino de amor para llegar a Él. Este camino es Jesucristo, su hijo amado. La familia tiene en Él todo para ser feliz y hacer feliz al otro. Él nos enseñó con su testimonio perfecto, como perdonar "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen", Lucas 23, 34; nos enseñó como amar "Ámense los unos a los otros como yo los he amado" Juan 13, 34; nos dejó alimento: "Después tomó pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía»" Lucas 22, 19. Su misericordia es inmensa, porque no construir la familia soñada por Dios esforzándonos a amar.

La familia es un don, un regalo de Dios para la humanidad. No es un proyecto meramente humano, sino un diseño divino que nace del corazón de Dios. Cuando hablamos de "don", hablamos de algo que no se exige ni se merece, sino que se recibe con gratitud. Así como el amor no se impone, la familia tampoco es una imposición, sino una gracia. Cada hijo es un don, cada esposo o esposa es un don, cada momento compartido es una bendición que brota del amor infinito del Padre.

El Papa Francisco nos recuerda que "la familia es el lugar donde se aprende a amar, a perdonar, a ser paciente y a confiar". Es en la familia donde se vive la pedagogía del don: dar sin esperar, amar sin condiciones, entregarse sin reservas. El verdadero amor es la donación, y por eso la familia es el espacio donde mejor se vive y se comprende la entrega de Cristo en la cruz. Él se dio por amor, sin pedir nada a cambio, y ese es el modelo para nuestras familias.

El Papa Francisco nos recuerda que “la familia es el lugar donde se aprende a amar, a perdonar, a ser paciente y a confiar”. Es en la familia donde se vive la pedagogía del don: dar sin esperar, amar sin condiciones, entregarse sin reservas. El verdadero amor es la donación, y por eso la familia es el espacio donde mejor se vive y se comprende la entrega de Cristo en la cruz. Él se dio por amor, sin pedir nada a cambio, y ese es el modelo para nuestras familias.

Cuando se pierde el sentido del don, se entra en una lógica de exigencia, de consumo, de conveniencia. Se empieza a ver a los demás no como regalos de Dios, sino como cargas o como medios para lograr fines personales. Sin la conciencia del don, la familia se deshumaniza, pierde su rumbo, se vuelve un campo de batalla entre derechos y deberes sin alma.

Si no vemos a los hijos como un don, los trataremos como proyectos a perfeccionar o como estorbos en nuestro camino. Si no vemos al cónyuge como un regalo, comenzamos a exigir, a comparar, a reprochar. Y poco a poco se apaga la llama del amor. El egoísmo crece donde falta la gratitud, y el resentimiento nace donde no se reconoce la bendición que es la familia, con sus luces y sombras.

Por eso, recuperar la mirada del don es fundamental. Todo en la familia es gracia: desde la sonrisa de un niño hasta el perdón después de una discusión. Reconocer el don es el primer paso para vivir la vocación de amar.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a.** ¿Reconozco a mi familia como un don de Dios? ¿Qué actitudes mías pueden estar impidiendo que los demás miembros de mi familia se sientan amados como un regalo?
- b.** ¿De qué manera estamos practicando las obras de misericordia en familia? ¿Cómo podemos integrar más el servicio en nuestra vida cotidiana?
- c.** ¿Qué signos de esperanza podemos reconocer hoy en nuestra familia? ¿Cómo podemos ser signo de esperanza para otras familias?
- d.** ¿Cómo podemos fortalecer nuestra vida de fe como familia? ¿Qué espacio le damos a la oración, al diálogo, al perdón y al compartir?

6. Videos de apoyo

a. La familia cortometraje



b. Francisco en la audiencia general: El amor de una familia puede calentar toda una ciudad - YouTube



c. La Casa del Pan - Felipe Gómez



Día 5: Perdonar

La confesión,
un regalo de la misericordia de Dios para la familia

La experiencia individual del perdón divino nos impulsa a vivir el perdón familiar. Perdonar y ser perdonado nos permite vivir tranquilos, en paz con una nueva oportunidad de volver a empezar. Las familias que viven experiencias de perdón refuerzan la unidad familiar y dejan ver a otros que si es posible reconciliar nuestras diferencias.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Carta del Apostol San Pablo a los Efesios 4, 26-27 . 31-32.

“Enójense, pero sin pecar; que el enojo no les dure hasta el término del día, y no den lugar al demonio. Arranquen de raíz entre ustedes: los disgustos, los arrebatos, el enojo, los gritos, las ofensas y toda clase de maldad. Por el contrario, muéstrense buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente, como Dios los perdonó en Cristo”

2. Signo del día: Abrazo

El abrazo del perdón como signo físico de sanación y reconciliación entre nosotros. Esta es una de las muestras de perdón más sencilla y significativa. Son brazos que se abren para recibir y dar, es reciprocidad es la aceptación y comprensión. Puede representar un nuevo comienzo, una oportunidad para empezar de nuevo y dejar atrás los errores del pasado.



3. Nos enseña el papa Francisco:

“«logízetai to kakón» significa «toma en cuenta el mal», «lo lleva anotado», es decir, es rencoroso. Lo contrario es el perdón, un perdón que se fundamenta en una actitud positiva, que intenta comprender la debilidad ajena y trata de buscarle excusas a la otra persona, como Jesús cuando dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Pero la tendencia suele ser la de buscar más y más culpas, la de imaginar más y más maldad, la de suponer todo tipo de malas intenciones, y así el rencor va creciendo y se arraiga. De ese modo, cualquier error o caída del cónyuge puede dañar el vínculo amoroso y la estabilidad familiar. El problema es que a veces se le da a todo la misma gravedad, con el riesgo de volverse crueles ante cualquier error ajeno. La justa reivindicación de los propios derechos se convierte en una persistente y constante sed de venganza más que en una sana defensa de la propia dignidad.

Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que «la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación. Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar»

Hoy sabemos que para poder perdonar necesitamos pasar por la experiencia liberadora de comprendernos y perdonarnos a nosotros mismos. Tantas veces nuestros errores, o la mirada crítica de las personas que amamos, nos han llevado a perder el cariño hacia nosotros mismos. Eso hace que terminemos guardándonos de los otros, escapando del afecto, llenándonos de temores en las relaciones interpersonales. Entonces, poder culpar a otros se convierte en un falso alivio. Hace falta orar con la propia historia, aceptarse a sí mismo, saber convivir con las propias limitaciones, e incluso perdonarse, para poder tener esa misma actitud con los demás.

Pero esto supone la experiencia de ser perdonados por Dios, justificados gratuitamente y no por nuestros méritos. Fuimos alcanzados por un amor previo a toda obra nuestra, que siempre da una nueva oportunidad, promueve y estimula. Si aceptamos que el amor de Dios es incondicional, que el cariño del Padre no se debe comprar ni pagar, entonces podremos amar más allá de todo, perdonar a los demás aun cuando hayan sido injustos con nosotros. De otro modo, nuestra vida en familia dejará de ser un lugar de comprensión, acompañamiento y estímulo, y será un espacio de permanente tensión o de mutuo castigo.

La expresión «jairei epi te adikía» indica algo negativo afincado en el secreto del corazón de la persona. Es la actitud venenosa del que se alegra cuando ve que se le hace injusticia a alguien. La frase se complementa con la siguiente, que lo dice de modo positivo: sygjairei te alétheia: se regocija con la verdad. Es decir, se alegra con el bien del otro, cuando se reconoce su dignidad, cuando se valoran sus capacidades y sus buenas obras. Eso es imposible para quien necesita estar siempre comparándose o compitiendo, incluso con el propio cónyuge, hasta el punto de alegrarse secretamente por sus fracasos.

Cuando una persona que ama puede hacer un bien a otro, o cuando ve que al otro le va bien en la vida, lo vive con alegría, y de ese modo da gloria a Dios, porque «Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). Nuestro Señor aprecia de manera especial a quien se alegra con la felicidad del otro. Si no alimentamos nuestra capacidad de gozar con el bien del otro y, sobre todo, nos concentramos en nuestras propias necesidades, nos condenamos a vivir con poca alegría, ya que como ha dicho Jesús «hay más felicidad en dar que en recibir» (Hch 20,35). La familia debe ser siempre el lugar donde alguien, que logra algo bueno en la vida, sabe que allí lo van a celebrar con él”. (Exhortación Amoris Laetitia nn. 105-110)

4. Meditación

El perdón es un proceso que requiere tiempo y esfuerzo. No es algo que se pueda hacer de la noche a la mañana, pero es un camino que vale la pena recorrer. Al perdonar, nos permitimos vivir de manera más auténtica y plena.

¿Qué podemos hacer para perdonar?

- Reconocer los sentimientos: Aceptar las emociones y no juzgarnos por ellas.
- Reflexionar sobre la situación: Pensar en lo que sucedió y en cómo me afectó.
- Buscar la compasión y la empatía: Tratar de entender a la persona que te lastimó y de encontrar la compasión y la empatía.
- Decidir perdonar: Elegir perdonar y dejar ir el resentimiento.

Recuerda que el perdón es un proceso que te permite crecer y encontrar la paz interior. No es fácil, pero es un camino que vale la pena recorrer.

El perdón es un don que nos regala la libertad de vivir sin la carga del resentimiento y la amargura. Cuando perdonamos, nos liberamos del pasado que nos pesa y nos permite avanzar hacia un futuro.

El perdón nos trae numerosos beneficios, entre ellos:

- Paz interior: El perdón nos permite encontrar la paz interior y la tranquilidad que tanto anhelamos.
- Liberación de la culpa y la vergüenza: Al perdonar, nos liberamos de la culpa y la vergüenza que nos han estado pesando.
- Mejora de las relaciones: El perdón puede mejorar nuestras relaciones con los demás, ya que nos permite dejar atrás los conflictos y avanzar hacia una comunicación más abierta y honesta.
- Crecimiento personal: El perdón nos permite crecer y madurar como personas, ya que nos enseña a dejar ir el resentimiento y a encontrar la compasión y la empatía.
- Sanación emocional: El perdón puede ser un proceso de sanación emocional, ya que nos permite cerrar heridas y encontrar la paz.

No perdonar puede tener consecuencias negativas en nuestra vida y en nuestras relaciones así:

- Sentimiento de culpa y vergüenza: No perdonar puede llevar a un sentimiento de culpa y vergüenza que puede afectar nuestra autoestima y nuestra relación con Dios o con una fuerza superior.
- Falta de paz interior: La falta de perdón puede generar una falta de paz interior y una sensación de inquietud y desasosiego.
- Falta de confianza: No perdonar puede generar una falta de confianza en los demás y en nosotros mismos.
- Deterioro de las relaciones: No perdonar puede dañar nuestras relaciones con los demás, ya que podemos estar constantemente en conflicto y no ser capaces de comunicarnos de manera efectiva.
- Resentimiento y amargura: No perdonar puede llevar a un sentimiento de resentimiento y amargura que puede afectar nuestra salud emocional y física.
- Depresión y tristeza: No perdonar puede llevar a la depresión y la tristeza, ya que podemos sentirnos atrapados en un ciclo de dolor y sufrimiento y puede llevarnos a estar constantemente pensando en la situación y en cómo nos afectó.
- Aislamiento: La falta de perdón puede llevar al aislamiento, ya que podemos sentirnos solos y desconectados de los demás.

El perdón es un signo de esperanza porque nos permite:

- Renovar la relación con los demás y encontrar una nueva forma de interactuar con ellos.
- Liberarnos del pasado y encontrar la libertad de vivir en el presente.
- Encontrar la paz interior y la tranquilidad que tanto anhelamos.
- Crecer y madurar como personas, ya que nos enseña a dejar ir el resentimiento y a encontrar la compasión y la empatía.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a. ¿Cómo manejaban sus padres el conflicto? ¿Cómo hacían las paces?
- b. ¿Cómo cada uno aborda el conflicto en sus relaciones familiares? (evitándolo, poniéndose a la defensiva, bajo control, etc.)
- c. ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a resolver conflictos en forma constructiva?

6. Video de apoyo



Día 6: Creer

La oración del Credo, pilar de la fe cristiana vivida en familia

La oración en familia proporciona un espacio para la reflexión sobre la fe y la aplicación de sus enseñanzas en la vida cotidiana. El Credo resume las principales verdades de la fe cristiana, esto es "los dones que Dios hace al hombre como Autor de todo bien, como Redentor, como Santificador" (CEC, 14). La familia nutre su fe fortaleciendo su identidad cristiana, viviendo la comunión en la Iglesia y transmitiendo la misma fe en su tarea evangelizadora.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Marcos 4, 35-41

"Ese mismo día, caída ya la tarde, Jesús les dijo: "Pasemos al otro lado." Despidiendo a la multitud, Lo llevaron con ellos en la barca, como estaba; y había otras barcas con El. Pero se levantó una violenta tempestad, y las olas se lanzaban sobre la barca de tal manera que ya la barca se llenaba de agua. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre una almohadilla; entonces lo despertaron y le dijeron: "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?" Jesús se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: "¡Cálmate (Calla), sosiégate (enmudece)!" Y el viento cesó, y sobrevino una gran calma. Entonces les dijo: "¿Por qué están atemorizados? ¿Cómo no tienen fe?" Y se llenaron de gran temor, y se decían unos a otros: "¿Quién, pues, es Este que aun el viento y el mar le obedecen?"

2. Signo del día: El Credo

Como parte de la vivencia de nuestra fe cristiana, apoyarnos en signos nos ayuda a reforzar nuestra experiencia, por lo que se propone como signo de esta vivencia: Tener una tarjeta con el credo para cada miembro de la familia y juntos hacer la oración de éste en comunidad como Símbolo de nuestra Fe y de adhesión en la Iglesia a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.



3. Nos enseña el papa Francisco:

“Después de la homilía, un tiempo de silencio permite sedimentar en el alma la semilla recibida, con el fin de que nazcan propósitos de adhesión a lo que el Espíritu ha sugerido a cada uno. El silencio después de la homilía. Un hermoso silencio se debe hacer allí y cada uno debe pensar en lo que ha escuchado.

Después de este silencio, ¿cómo continúa la misa? La respuesta personal de fe se incluye en la profesión de fe de la Iglesia, expresada en el «Credo». Todos nosotros recitamos el «Credo» en la misa. Recitado por toda la asamblea, el símbolo manifiesta la respuesta común a lo que se ha escuchado juntos de la Palabra de Dios (cf. CEC, 185–197). Hay un nexo vital entre escucha y fe. Están unidas. Esta —la fe—, de hecho, no nace de la fantasía de mentes humanas, sino como recuerda san Pablo «viene de la predicación y la predicación, por la Palabra de Cristo» (Romanos 10, 17). La fe se alimenta, por lo tanto, con la predicación y conduce al Sacramento. Así, el rezo del «Credo» hace que la asamblea litúrgica «recuerde, confiese y manifieste los grandes misterios de la fe, antes de comenzar su celebración en la Eucaristía» (Instrucción General del Misal romano, 67). El símbolo de la fe vincula la Eucaristía con el Bautismo, recibido «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» y nos recuerda que los Sacramentos son comprensibles a la luz de la fe de la Iglesia”. (Audiencia General, 14 de febrero de 2018)

“¿Qué es la fe? El Catecismo de la Iglesia Católica, nos explica que la fe es el acto por el cual el ser humano se entrega libremente a Dios (n. 1814). En esta fe, Abraham fue nuestro gran padre. Cuando aceptó dejar la tierra de sus antepasados para dirigirse a la tierra que Dios le mostraría, probablemente se le juzgó loco: ¿por qué dejar lo conocido por lo desconocido, lo seguro por lo incierto? Pero, ¿por qué hacerlo? ¿Está loco? Pero Abraham se pone en camino, como si viera lo invisible. Esto es lo que la Biblia dice de Abraham: "Se puso en camino como si viera lo invisible". Esto es hermoso. Y seguirá siendo lo invisible lo que le hace subir al monte con su hijo Isaac, el único hijo de la promesa, que sólo en el último momento se libraría del sacrificio. Con esta fe, Abraham se convierte en el padre de una larga estirpe de hijos. La fe le hizo fecundo [...]

A propósito de la fe, me viene a la mente un episodio del Evangelio. Los discípulos de Jesús están cruzando el lago y se ven sorprendidos por una tormenta. Creen que podrán salir adelante con la fuerza de sus brazos, con los recursos de su experiencia, pero la barca comienza a llenarse de agua y les entra el pánico (cfr. Mc 4,35-41). No se dan cuenta de que tienen ante sus ojos la solución: Jesús está allí con ellos, en la barca, en medio de la tormenta, y Jesús duerme, dice el Evangelio.

Cuando por fin lo despiertan, asustados e incluso enfadados porque creen que Él les deja morir, Jesús les reprende: "¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?" (Mc 4,40).

He aquí, pues, el gran enemigo de la fe: no es la inteligencia, no es la razón, como por desgracia algunos siguen repitiendo obsesivamente, sino que el gran enemigo de la fe es el miedo. Por eso, la fe es el primer don que hay que acoger en la vida cristiana: un don que es preciso acoger y pedir cada día, para que se renueve en nosotros. Aparentemente es un don pequeño, pero es el esencial. Cuando nuestros padres nos llevaron a la pila bautismal, anunciaron el nombre que habían elegido para nosotros, - esto sucedió en nuestro bautismo -: y luego el sacerdote les preguntó: "¿Qué le piden a la Iglesia de Dios?". Y nuestros padres respondieron: "¡La fe, el bautismo!".

Para un padre cristiano, consciente de la gracia que se le ha concedido, es ése el don que debe pedir también para su hijo: la fe. Con ella, un padre sabe que, incluso en medio de las pruebas de la vida, su hijo no se ahogará en el miedo. He aquí el enemigo es el miedo. Él sabe también que, cuando deje de tener un padre en esta tierra, seguirá teniendo a Dios Padre en el cielo, que nunca le abandonará. Nuestro amor es frágil, y sólo el amor de Dios vence la muerte". (Audiencia General, 1 de mayo de 2024).



4. Meditación

A la luz de lo expuesto, es inevitable maravillarse ante la profundidad del Credo: es la declaración que resume los principios fundamentales de la fe cristiana católica, pilar de la fe y Símbolo de nuestra identidad cristiana.

A la gran mayoría de nosotros, cuando niños, nos enseñaron el Credo como parte de la preparación para celebrar y recibir el Sacramento de la Comunión; nos la enseñaron desde nuestra casa, colegio o comunidad de Iglesia. Como niños, nos limitamos a memorizar esta oración y recitarla en la Eucaristía.

Con el correr de los años, conforme nuestra madurez espiritual se va dando, el contenido del Credo ha de tomar más relevancia en nuestra vida, pues tomamos plena conciencia de lo que ello implica: el compromiso de nuestra fe en medio de las dificultades y el deseo consciente de afirmar que Dios es la razón de nuestra vida.

Hoy, como padres y madres de familia, nuestra tarea es contribuir al despertar religioso de los hijos, lo que incluye el Credo. En la tarea de enseñar esta oración a los más pequeños como propagadores de la fe que profesamos, y como primeros Evangelizadores de nuestras pequeñas comunidades.

El punto más importante de la declaración que hacemos en el Credo es reafirmar nuestra relación personal con Dios, quien se ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo, esto es como Dios Creador, Redentor y Santificador. Bajo esta declaración, como cristianos, nos manifestamos parte de la Iglesia, comunidad creyente, y expresamos nuestra singularidad en la relación con Dios, pero también la fuerza de ser miembros del Pueblo de Dios que, a una voz manifiesta su anhelo de ser ese pueblo vivo y escogido por el Mesías para disfrutar de su Reino. Así el Credo nos une a los creyentes de todo el mundo, profesando la unidad y la comunión entre los bautizados.

En este mundo agitado, donde el ser humano es objeto de muchas modas y costumbres, que buscan responder al deseo de felicidad y búsqueda de espiritualidad, es muy importante interiorizar el Credo, en cada uno de sus apartados, para fortalecer, reavivar y acrecentar nuestra vida de fe en el Dios vivo y verdadero.

El Credo es un testimonio de fe para compartir con otros, invitándolos a conocer a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Credo implica la evangelización: a medida que el creyente crece en su fe, profundiza su comprensión y la vive en su vida diaria, la comparte con otros y los invita a unirse a la comunidad cristiana. Así, esta oración del Credo que proclamamos en la Eucaristía, ha de estar presente permanentemente en nuestra oración, meditación y formación.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

En el Credo está la síntesis de nuestra fe que, al ser interiorizado, nos ayuda a profundizar nuestra experiencia de la fe y nos impulsa a la acción evangelizadora, que es testimonio de la fe que creemos. Los invitamos a responder de forma individual y luego dialogar sobre estas preguntas:

- a.** ¿Conozco el credo, y me he detenido a meditar en su contenido?
- b.** ¿Soy consciente de la importancia de esta oración en la afirmación de mi fe?
- c.** ¿He transmitido a otro miembro de mi familia o mi comunidad la importancia de Creer como fuente de la acción evangelizadora?
- d.** ¿Qué acciones realizo para dar relevancia frente a otros en cuanto a creer en la Iglesia?

6. Videos de apoyo

a. El Camino de la Fe - Himno - Alabanza

b.. Luz en la Oscuridad - Himno - Alabanza



Día 7: Comulgar

La Eucaristía, en la vida familiar,
fuente y culmen de la vida cristiana.

La Eucaristía es presencia real de Cristo. El fruto central de la Eucaristía es la unión íntima con el Señor Jesús. En el matrimonio, al construir la familia, los esposos asimismo se unen íntimamente. Esta unidad se expresa en distintos aspectos: la unión del esposo con su esposa, la unidad de los esposos con sus hijos, unidad de la familia con la familia y la unidad de la familia con la comunidad. Por tanto, el matrimonio como Sacramento, que sirve a la comunidad, se hace comunión con los demás. Su llamado está en dar fruto y en abundancia, tanto al interior de la propia familia como en todos aquellos que están conectados con ella, pues no están solos; cuentan con la presencia de Cristo que se recibe en la comunión de la Eucaristía, allí se nos recuerda que somos familia de Dios, abrazados por el amor y la gracia divina. Es así que, la Eucarística se vuelve el corazón para el jubileo otorgándole un mayor sentido.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Juan 6, 47-59

“En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.» Discutían entre sí los judíos y decían: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre. Esto lo dijo enseñando en la sinagoga, en Cafarnaúm”.

2. Signo del día: Pan y Vino

En el Antiguo Testamento el maná fue el alimento físico, pero también espiritual provisto por Dios a los israelitas en el desierto, siendo un milagro que marcó un símbolo de la alianza con Dios y el pueblo. Este representa el amor, cuidado y providencia de parte de Dios, así como un signo de su compromiso con la redención final, el cual estableció, además, el nuevo pacto que se cumple en Jesús. El maná prefigura la Eucaristía en el Cuerpo y la Sangre de Su único hijo, convirtiéndose en signo de la verdadera fuente de alimento espiritual y de la vida eterna.



3. Nos enseña el papa Francisco:

“La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer esta fe pascual. Se pueden encontrar unos minutos cada día para estar unidos ante el Señor vivo, decirle las cosas que preocupan, rogar por las necesidades familiares, orar por alguno que esté pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que proteja con su manto de madre. Con palabras sencillas, ese momento de oración puede hacer muchísimo bien a la familia. Las diversas expresiones de la piedad popular son un tesoro de espiritualidad para muchas familias. El camino comunitario de oración alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía, especialmente en medio del reposo dominical. Jesús llama a la puerta de la familia para compartir con ella la cena eucarística (cf. Ap 3,20). Allí, los esposos pueden volver siempre a sellar la alianza pascual que los ha unido y que refleja la Alianza que Dios selló con la humanidad en la CRUZ. La Eucaristía es el sacramento de la nueva Alianza donde se actualiza la acción redentora de Cristo (cf. Lc 22,20). Así se advierten los lazos íntimos que existen entre la vida matrimonial y la Eucaristía. El alimento de la Eucaristía es fuerza y estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como «iglesia doméstica” (Exhortación Amoris Laetitia nn. 318).

4. Meditación

La Eucarística está llamada a alimentar la vida en familia. Nos ponemos en tu presencia para contemplar profundamente el gran misterio de la Eucaristía en nuestra vida familiar. Danos la gracia de ver lo que quieres que veamos y comprender lo que Tú deseas que comprendamos para ser levadura en la sociedad. Ahora bien, meditemos lo que Dios nos dice: “Permaneced en mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo si no permanece en la vid, tampoco vosotros, si no pertenecéis en mí” (Jn 15, 4).

No se puede desconocer que la familia es algo fundamental para la sociedad y por supuesto, para la Iglesia. La familia es una cuestión de primer orden, por consiguiente, el encuentro vivo con Jesús en la Eucaristía con la familia es, ante todo, una fuente fresca donde se puede satisfacer su sed de unidad, gozo y paz; siendo, además, una apertura a valorar el designio extraordinario de Dios con el hombre y la mujer, siendo el corazón y sello definitivo de la familia.

En la Santa Misa es donde nace y se alimenta la vida matrimonial, siendo fuente y raíz. Es precisamente en este encuentro personal con Cristo donde la familia como escuela, fecunda virtudes cristianas, es fuente de vocaciones y santuario que siembra e inspira la vida. Solo mediante esta comunión íntima con Cristo se es posible dar fruto. La Eucaristía es un alimento que se nos ofrece como un gran regalo, un don que fortalece y estimula a los esposos para vivir la alianza matrimonial y familiar.

Por lo tanto, el no participar de la gran Cena del Señor en familia nos conduce a desvincularnos de Su gran amor, nos separa de un camino comunitario de oración olvidándonos que somos una comunidad de fe que se apoya mutuamente; si no vivimos la Eucaristía estaríamos más estrechamente ligados al pecado y el proyecto de Salvación de Dios no podría culminarse en su totalidad.

En este sentido, se extiende la invitación de mantener un propósito que implique una respuesta de hacer visible la Eucaristía en la vida familiar. Por ejemplo, ofrecer como matrimonio la Eucaristía dominical; acercarse a la mesa del Señor y comulgar juntos tomados de la mano; participar como matrimonio en la celebración eucarística; dialogar en familia las enseñanzas compartidas en la Eucaristía del domingo en clave de: ¿Qué nos dice hoy Jesús para seguir creciendo en familia y dar fruto?; por último, hacer adoración eucarística en pareja entregando a Jesús Sacramentado sus necesidades familiares y dar gracias.

De modo que, la riqueza de la Eucarística en el seno de la familia está en ser signo de esperanza al recordarnos que somos una comunidad de fe que se apoya mutuamente y que en la unidad de la Eucaristía con la familia acrecienta la unión de Dios con ella, la fortalece, la bendice y la santifica.

Para finalizar esta meditación, oremos: Señor Jesús, gracias por haberte quedado con nosotros en la humildad del pan y el vino. Deseamos que permanezcas con nosotros como esposos, en nuestros hijos, en familia como pequeña iglesia doméstica. Danos la gracia de participar todos juntos en la cena Eucarística para experimentar un encuentro profundo contigo, rociando de bendición nuestro amor matrimonial y familiar eucarísticamente, con entrega generosa y continua el uno por el otro. Amén.

5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

- a.** ¿Qué papel juega la Eucaristía en nuestra vida familiar?
- b.** ¿Cómo afecta la desvinculación de la familia a la Eucarística?
- c.** ¿Cómo se fortalece la unidad familiar con la participación Eucarística?

6. Video de apoyo

- a.** Por una vida eucarística – El Video del Papa 7 – Julio 2023



Día 8: Celebrar

La alegría de celebrar el Jubileo fortaleciendo la vida familiar

Es el júbilo del que ha tenido un encuentro misericordioso con Dios que le ha renovado y le permite vivir de un modo nuevo su relación con Dios y con su familia.

1. A la escucha de la Palabra de Dios:

Evangelio según san Lucas 4, 18-19

"Fue a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró un sábado en la sinagoga y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y encontró el texto que dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año de gracia del Señor".

2. Signo del día: El logo del Jubileo

El logo del Jubileo 2025, "Peregrinos de la Esperanza", representa la humanidad unida y caminando hacia la esperanza, simbolizada por una cruz que se curva hacia las figuras. Las figuras, que simbolizan a la humanidad de los cuatro puntos cardinales, se abrazan, representando la solidaridad y fraternidad. El lema "Peregrinos de la Esperanza" invita a reflexionar sobre la fe, la unidad y la esperanza



3. Nos enseña el papa Francisco:

“La fiesta es sobre todo una mirada amorosa y agradecida por el trabajo bien hecho; celebramos un trabajo. También ustedes, recién casados, están festejando el trabajo de un bonito tiempo de noviazgo: ¡y esto es bello! Es el tiempo para contemplar cómo crecen los hijos, o los nietos, y pensar: ¡qué bello! Es el tiempo para mirar nuestra casa, a los amigos que hospedamos, la comunidad que nos rodea, y pensar: ¡qué bueno! Dios lo hizo de este modo cuando creó el mundo. Y continuamente lo hace así, porque Dios crea siempre, también en este momento. Puede suceder que una fiesta llegue en circunstancias difíciles o dolorosas, y se celebra quizá «con un nudo en la garganta». Sin embargo, también en estos casos, pedimos a Dios la fuerza de no vaciarla completamente. Ustedes, mamás y papás, saben bien esto: ¡cuántas veces por amor a los hijos son capaces de tragarse las penas para dejar que ellos vivan bien la fiesta, degusten el sentido bueno de la vida! ¡Hay tanto amor en esto!...

Por último, el tiempo de la fiesta es sagrado porque Dios lo habita de una forma especial. La Eucaristía del domingo lleva a la fiesta toda la gracia de Jesucristo: su presencia, su amor, su sacrificio, su hacerse comunidad, su estar con nosotros... Y así cada realidad recibe su sentido pleno: el trabajo, la familia, las alegrías y las fatigas de cada día, también el sufrimiento y la muerte; todo es transfigurado por la gracia de Cristo. La familia está dotada de una competencia extraordinaria para entender, dirigir y sostener el auténtico valor del tiempo de la fiesta. ¡Qué bonitas son las fiestas en familia, son bellísimas! Y en particular la del domingo. No es casualidad que las fiestas en las que hay sitio para toda la familia son aquellas que salen mejor. La misma vida familiar, vista a través de los ojos de la fe, nos parece mejor que los cansancios que comporta. Nos aparece como una obra de arte de sencillez, bonita precisamente porque no es falsa, sino capaz de incorporar en sí todos los aspectos de la vida verdadera. Nos aparece como una cosa «muy buena», como Dios dijo al finalizar la creación del hombre y de la mujer (cfr. Gn 1, 31). Por tanto, la fiesta es un precioso regalo de Dios; un precioso regalo que Dios ha hecho a la familia humana: ¡no lo estropeemos!” (Audiencia general 12 de agosto de 2015).

4. Meditación

El Jubileo es una celebración de fe que invita a la renovación espiritual y a la reconciliación con Dios y con los demás. Celebrarlo en familia es una oportunidad para fortalecer los lazos familiares y compartir la esperanza. Por eso, después de hacer este recorrido por cada una de estas prácticas de fe para ganar la indulgencia jubilar nos centramos en el sentido y los frutos que esta vivencia nos trae a nivel personal y familiar.

¿Qué significa el Jubileo?

El jubileo es un tiempo de la alegría y del gozo de quien ha tenido un encuentro con el Padre Misericordioso, que en Jesús y con la fuerza del Espíritu Santo ha renovado su existencia. Por eso el Jubileo:

- Es un tiempo de profunda reflexión espiritual y acción concreta.
- Es un llamado a la solidaridad y al servicio.
- Es una oportunidad para transformar la fe en acción.
- Es un tiempo para que los fieles busquen renovación espiritual, perdón de los pecados e indulgencias.
- Es un tiempo para fomentar la fe, la penitencia, la esperanza y renovación religiosa.

Esta celebración jubilar tiene una dimensión comunitaria, pues la realizamos como Iglesia, ya que como hijos de Dios caminamos juntos en la peregrinación de la fe. En este caminar juntos “el Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos. Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios (cf. Ga 3,26-28); significa caminar codo a codo, sin pisotear o dominar al otro, sin albergar envidia o hipocresía, sin dejar que nadie se quede atrás o se sienta excluido. Vamos en la misma dirección, hacia la misma meta, escuchándonos los unos a los otros con amor y paciencia” (P. Francisco, Mensaje para los enfermos 2025.)

La familia, como iglesia doméstica, es el primer ambiente en el que la fe vive esta dimensión comunitaria y eclesial. Vivir la experiencia jubilar en familia permite fortalecer los lazos afectivos, ayudarnos mutuamente a crecer en la fe y transmitir la experiencia del encuentro con Dios a los más pequeños.

Dentro de este camino, resaltemos cinco frutos de vivir la experiencia jubilar en familia:

- a. Celebrar la vida de fe en familia ayuda a fomentar la gratitud y la alegría, enfocándonos en reconocer los dones que Dios da a cada uno y animándonos en la esperanza de ser sembradores de bien en la vida.
- b. Celebrar la vida de fe en familia ayuda a superar los desafíos y las dificultades, ya que se experimenta la presencia providente de Dios y se comparte el apoyo y la solidaridad entre los miembros de la familia.
- c. Celebrar la vida de fe en familia ayuda a fomentar la comunicación y la conexión entre los miembros de la familia, lo que es fundamental para mantener una relación saludable y amorosa.
- d. Celebrar la vida de fe en familia ayuda a crear una identidad familiar única y especial, para transmitir de generación en generación. Juntos experimentando la misericordia de Dios, nos renovamos en la esperanza que Él nos ofrece para continuar con alegría el camino de la vida.
- e. Celebrar la vida en familia ayudar a fomentar la fe y la espiritualidad mediante la oración, la participación en los sacramentos, especialmente la Eucaristía, y la vivencia de las obras de misericordia realizadas comunitariamente.



5. Preguntas de reflexión y diálogo en familia

En familia dialoguemos sobre el modo cómo queremos vivir esta experiencia jubilar:

a. ¿Cuál de las acciones de las acciones jubilares de los temas anteriores descubrimos que ha sido más significativa?

b. ¿Cuáles han sido los acontecimientos de júbilo, alegría más significativos en nuestra familia? ¿Cómo descubrimos la presencia de Dios en cada uno de ellos?

c. Programemos la peregrinación familiar que incluya los pasos que la Iglesia nos propone:

a. Lugar de peregrinación:

b. Oración:

c. Confesión:

d. Eucaristía:

e. Obra de misericordia:

6. Videos de apoyo

a. Catequesis en español del Papa Francisco 15/03/2017



b. Nazaret - Himno - Alabanza



Oración del Jubileo

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos. Amén.

Franciscus